

licenciado Cepeda, se tuvo por cierto que le dieron ponzoña en una almadrada, de que murió. Viendo Pizarro que no había podido salir con su intento en lo que tocaba á don Alonso, y no teniendo esperanza de traerle á su amistad, acordó desterrarle para Chili, que era mas de mil leguas de allí, y con él á Rodrigo Nuñez de Bonilla, tesorero de Quito, y á otros siete ó ocho que siempre habían seguido al Visorey y hallábase de su parte en todas las batallas, á los cuales no quiso matar, porque hubo muchos que rogaron por ellos, ni tampoco se fió de tenerlos consigo ni se contentó de desterrarlos del Perú, porque en todas partes le podían hacer daño; y así, acordó de desterrarlos para Chili, y encomendólos á un capitán llamado Antonio de Ulloa, que enviaba á Chili con gente; y habiéndolos llevado mas de cuatrocientas leguas por tierra, y muchos dellos á pié y sin acabar de sanar las heridas, acordaron entre sí de dar sobre el capitán que los llevaba y en su gente, y morir ó alcanzar libertad. Y encomendándose á Dios, acometieron el hecho con tanto ánimo, que les sucedió conforme á su deseo, y prendieron á Antonio de Ulloa y á los mas de los que con él iban; y poniéndolos don Alonso á recado, envió cuatro de los de su compañía al mas cercano puerto, de donde aconteció este hecho, y hallaron un navío, el cual tomaron con la buena maña y órden que sobre ello se dieron, aunque no les faltó contradicción, porque dentro dél había personas y soldados secacas de Gonzalo Pizarro y de su opinión; y avisando á don Alfonso de lo que pasaba, él y los de su compañía, dejándolos presos en tierra, se acogieron al navío, y comenzaron á navegar sin piloto ni marineros que supiesen la navegacion, y con grandes trabajos fueron á la Nueva-España. Demás desto, envió al capitán Guevara con cierta gente á la villa de Pasto á traer presos algunos de quien tenía enojo, y dellos ahorcó uno, y los demás desterró. Perdonó á Benalcázar con pleitomenaje que le hizo de favorecerle siempre, y dióle cierta gente de la que había traído, con que se volviese á su gobernacion. Recogió toda la gente del Visorey que pudo haber de los que se escaparon de la batalla, á los cuales propuso la razon que tenia de estar dellos quejoso; pero que él les perdonaba, atento que habían venido allí, los unos engañados y los otros forzados, prometiéndoles que si le seguían y hacían su deber, los ternia en el mismo lugar y reputacion que á los demás que habían andado con él, y les haria igual gratificacion; y así, los mandó quedar en su campo, prohibiendo que nadie los maltratase de obra ni palabra, aunque siempre se tuvo

dellos algun recelo. Despachó mensajeros por todas partes, haciendo saber la victoria, para animar los suyos y confirmar su tiranía. Despachó el capitán Alarcon en un navío, que llevase la nueva del vencimiento á Hinojosa, y á la vuelta trajese á Vela Nuñez y á los que con él estaban presos. Algunos paresceres hubo que enviase su armada por las costas de Nueva-España y de Nicaragua á quemar y recoger todos los navíos que allí hubiese, por quitar cualquier aparejo de ser acometido por mar; haciendo después recoger toda la armada á la ciudad de los Reyes, porque viniendo despacho de su majestad á Tierra-Firme, y no hallando allí en qué ni cómo los pasar al Perú, lo tenían por bastante torcedor para hacer los partidos muy á su ventaja; pero, atenta la confianza que tenia Gonzalo Pizarro de Hinojosa y los que con él estaban, y la soberbia que le había quedado con la vitoria del Visorey, le pareció no mostrar aquella flaqueza, porque entendia poder resistir abiertamente cualquiera contradicción que se le hiciese; y así, se partió Alarcon y hizo su viaje, trayendo los presos, y con ellos al hijo de Gonzalo Pizarro, y cerca de Puerto-Viejo ahorcó á Sayavedra y á Lerina, que eran dos soldados principales entre los presos, por ciertas palabras escandalosas que supo que habían dicho, y también quiso ahorcar á Rodrigo Mejía, el cual salvó el hijo de Gonzalo Pizarro, diciendo que aquel le trataba con muy buena crianza y comedimiento. A Vela Nuñez llevó á Quito, donde Gonzalo Pizarro le perdonó todo lo pasado, amonestándole que en lo por venir estuviese muy sobre el aviso, porque cualquiera sospecha le sería muy peligrosa; y así, le traía consigo con alguna libertad, y le llevó cuando se fué á la ciudad de los Reyes. En toda esta jornada siguió y acompañó á Gonzalo Pizarro el licenciado Cepeda, oidor, al cual sacó de la ciudad de los Reyes á efecto de deshacer la audiencia real; porque, de cuatro oidores que había, el licenciado Alvarez fué con el Visorey, y al doctor Tejada envió á España (como está dicho); y llevando consigo á Cepeda, el licenciado Zárate solo no podía hacer audiencia, cuanto mas que estaba siempre enfermo, y se tenia dél alguna mas confianza que antes, después que Gonzalo Pizarro le tomó casi por fuerza una hija suya y la casó con Blas de Soto, su hermano, aunque á la verdad el licenciado Zárate siempre estuvo muy entero en el servicio de su majestad, caso que hacia algunos cumplimientos con el tirano, necesarios á la opresion del tiempo.

LIBRO SEXTO.

QUE TRATA DE LA IDA DEL LICENCIADO DE LA GASCA AL PERÚ, Y CÓMO VENCÍO Á GONZALO PIZARRO, Y APACIGUÓ LA TIERRA.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo el capitán Carvajal siguió su camino contra Diego Centeno, y le venció en diversas partes.

Ya se hizo relacion en el libro pasado cómo el capitán Carvajal salió del Cuzco con trecientos hombres y con mucho número de caballos y arcabuces y otras armas, y caminó por el Collao la via de la provincia de Paria, donde estaba Diego Centeno con hasta docientos y cincuenta hombres, el cual cuando supo su venida le aguardó con determinacion de darle la batalla. Pues llegado Carvajal dos leguas de Paria, Diego Centeno alzó su real, y se pasó algun trecho de la otra parte de Paria junto al rio, porque le pareció mas conveniente sitio. El capitán Carvajal asentó su campo en el mismo tambo de Paria, una legua del enemigo, y Diego Centeno el dia siguiente envió quince arcabuceros en muy buenos caballos para que representasen la batalla; los cuales corrieron hasta llegar un tiro de piedra de Carvajal, y allí se hablaron los unos á los otros, y los corredores le dijeron que Diego Centeno estaba presto de darles la batalla, en nombre de su majestad, y que si el capitán Carvajal se queria reducir á su real servicio, todos estarian al suyo, y que mirase el mal título que traía. Carvajal estaba delante los suyos riéndose mucho de lo que decían; y luego se comenzaron á decir palabras descomedidas, llamándose traidores los unos á los otros, y soltando los arcabuces, dieron una vuelta al real, y reconocieron la gente que podía haber; y con tanto, se tornaron. Esto fué viernes de la Cruz del año de 546. Luego Carvajal alzó su campo y fué marchando hácia sus enemigos, los cuales acordaron alzar su real y irle á asentar aquella noche donde Carvajal no los pudiese alcanzar, con intento de no esperar batalla rompida, sino darles armas y asaltos de noche; porque tenia relacion del descontento que traía la mas de la gente de Carvajal, y que de aquella manera se les pasaria muy á su salvo, y le dejarían el campo sin riesgo de batalla, dudando del suceso della por los muchos arcabuces que Carvajal traía, aunque ellos le tenían gran ventaja en la gente de caballo; aunque esta determinacion no fué del parecer de Diego Centeno, porque él quisiera dar la batalla, salvo que, como todos los vecinos de la villa de la Plata que con él venían fueron de opinion contraria, determinó seguirlos, aunque siempre con presupuesto de no rehusar la batalla viniendo en ocasion; y así, caminó aquel dia y noche quince leguas, siguiendo siempre sus pisadas Carvajal con la misma priesa; y asentó su real cuanto mas cerca pudo de sus contrarios, poniendo aquella noche guardas de gran confian-

za; y á la media noche vinieron de parte de Diego Centeno ochenta de caballo á darles arma, y les tiraron muchos arcabuces, y Carvajal ordenó su gente y la tuvo toda la noche en escuadron, sin consentir que ninguno se demandase, porque él también temia que se le habían de huir algunos. Y desta manera pasó aquella noche, sin que ninguno se le pasase. Y á la mañana Diego Centeno levantó su real, y caminó aquel dia diez leguas con la misma priesa que solía; y Carvajal le iba siguiendo sin perderle punto, y alcanzó en el camino un hombre que se había quedado cansado, y le ahorcó, jurando que á todos cuantos topase había de hacer lo mismo. Y así, le siguió hasta llegar al mismo asiento de Paria, de donde Diego Centeno se volvió á la via del Collao, siguiéndole siempre Carvajal con mas priesa que se sufre llevar gente de guerra, porque aconteció caminar algunos dias doce ó quince leguas, siempre á vista los unos de los otros, hasta que llegaron á Hayobayo, donde el capitán Carvajal alcanzó doce hombres de Diego Centeno y los ahorcó todos juntos, y pasó adelante; y como las jornadas eran tan demasiadas, á los unos y á los otros se les quedaba gente escondida y cansada. Y viendo Diego Centeno que ya no era parte para resistir á Carvajal, quejándose siempre de sus capitanes y amigos por no le haber dejado dar la batalla cuando él queria; y viendo que ya toda la tierra estaba por Gonzalo Pizarro, enderezó la via de la mar á la costa de Arequipa, enviando delante al capitán Rivadeneyra, para que si hallase algun navío por la costa le tomase por dinero ó por engaño, y le trajese á Arequipa, para embarcarse en él en llegando. El cual por gran ventura halló un navío que iba á Chili, y entrando de noche en una balsa, fácilmente le tomó, y iba bien proveido de matotaje. Diego Centeno llegó en este tiempo á Arequipa, y poco menos de dos dias después llegó Carvajal; y Diego Centeno estaba esperando el navío, y viendo que no venia nueva dél, y que el enemigo se le acercaba y él no se hallaba con mas de ochenta hombres, determinó derramar aquellos, y él con solos dos amigos se fué á los montes y se escondió en una cueva, donde estuvo sin que pudiese ser hallado hasta la venida del licenciado de la Gasca, dándole de comer el cacique cuya era la tierra por su persona, sin descubrirlo á nadie. Carvajal llegó á la costa de Arequipa, y como supo que Centeno era escondido y su gente derramada por diversas partes, envió un capitán con veinte arcabuceros en seguimiento de Lope de Mendoza, que supo que iba cerca de allí con siete ó ocho soldados, con los cuales se dió tanta priesa á andar, que en mas de ochenta leguas que le siguieron no le pudieron dar alcance; y así, se

tornaron los que iban tras él, y él siguió el camino de la entrada del río de la Plata, donde le aconteció lo que adelante se dirá; y otro día, entrando Carvajal en Arequipa, pareció por la costa el navío que traía Rivadeneira, y habiendo sabido Carvajal de algunos soldados que se quedaron á Centeno el fin para que se había tomado y quién venía en él, supo también la seña que estaba concertada para recibir á Diego Centeno; y haciendo poner en una caleta escondidos veinte arcabuceros, hizo hacer la misma seña del concierto, pensando apoderarse del navío; y creyendo Rivadeneira que se hacía por mandado de Centeno, mandó ir el bñel en tierra, aunque, recelando lo que podía ser, mandó á los que lo llevaban que fuesen muy sobre el aviso, y primero que llegasen á tierra reconociesen si había algun engaño; y los suyos lo hicieron así, y no quisieron saltar en tierra hasta ver á Diego Centeno; y entendiendo el engaño, se hicieron á la vela y se fueron á la provincia de Nicaragua, dejando escondido á Diego Centeno con sus dos compañeros y algunos de los suyos, que huyeron y se escondieron por los montes, donde fueron muertos á manos de los indios, porque así se lo mandó el capitán Carvajal que lo hiciesen; y así, de todo el campo de Diego Centeno no había de quién temer, por lo cual Carvajal se determinó de ir á residir á la villa de Plata, así porque supo que Diego Centeno y los que con él andaban habían dejado allí escondidas grandes riquezas y haciendas de granjería, como para hacer sacar y recoger plata de las minas, y para proveer dello á Gonzalo Pizarro para los gastos de la guerra y aprovecharse él particularmente; porque (como hemos dicho) era hombre muy codicioso. Y así, siguió su camino hasta llegar á la villa de Plata, la cual se le dió sin resistencia ninguna, y él se estuvo en ella algun tiempo, procurando juntar dineros de todas partes, hasta que le fué forzado salir della por la razón que en el capítulo siguiente se contará.

CAPITULO II.

De cómo, yendo Lope de Mendoza huyendo de Carvajal, encontró cierta gente que venía del río de la Plata, y todos juntos volvieron contra Carvajal.

Habiendo Lope de Mendoza escapado del Maestre de campo y de los que por su mandado fueron en su alcance, caminó con cinco ó seis vecinos de la villa de Plata, que el uno se llamaba Alonso de Camargo, y el otro Luis Perdomo, por la costa arriba algun trecho, hasta que, pareciéndoles que todo el reino estaba pacíficamente por Gonzalo Pizarro y que no había en él lugar seguro para ellos, determinaron meterse la tierra adentro á la gobernación de Diego de Rójas; y así, caminaron por la vía que arriba tenemos dicho que Diego Centeno se fué cuando le hacía la guerra Alonso de Toro, porque creían que nadie les seguiría por allí, y también porque en aquel término estaban los indios del mismo Lope de Mendoza y de Diego Centeno, y llevaban confianza que los favorecerían y proveerían de lo necesario. Y desta manera caminando por aquellos despoblados, toparon con Gabriel Bermudez, natural de la villa de Cuellar, que había ido en compañía del capitán Diego de Rójas cuando fué á la conquista del

río de la Plata; y maravillándose de topár por allí españoles, se llegó á ellos, y habiéndose conocido, les contó cómo yendo Diego de Rójas y Felipe Gutierrez y Pedro de Heredia á hacer aquel descubrimiento, peleando en el camino con los indios, habían muerto á Diego de Rójas, por cuya muerte habían sucedido grandes diferencias entre Francisco de Mendoza, su sucesor, y los demás; de lo cual había resultado desterrar á Felipe Gutierrez; y cómo, continuando el descubrimiento, hallaron al río de la Plata y tuvieron noticia de la riqueza de la tierra adentro, y dónde estaban los españoles que por la mar del Norte habían entrado por el río de la Plata, y cómo hallaron las fortalezas de Sebastian Gaboto y otras cosas maravillosas de la tierra; y que estando con determinación de pasar adelante, Pedro de Heredia mató á puñaladas á Francisco de Mendoza, por cuya muerte se recrecieron grandes disensiones en el campo, por las cuales, y por haber menos gente de la que requería tan grande conquista, se concertaron los unos y los otros de volverse al Perú, así para que por su majestad ó el que gobernase la tierra, se les diese capitán con quien fuesen en conformidad, como porque teniéndose noticia de la riqueza de la tierra se les juntaría gente que fuese bastante para hacer la conquista sin dificultad ninguna; y así, se volvían dejando descubiertas seiscientas leguas de la villa de Plata adelante, de tierra muy llana y fácil de caminar y medianamente proveída de comida y aguas. Y pocos días antes habían sabido de indios que contrataban en los Charcas la revuelta del Perú, aunque no les supieron decir la razón della ni la ocasión donde había sucedido; por lo cual él venía delante á satisfacerse de todo lo que pasaba, y traía comisión de los capitanes y gente principal para ofrescer su ayuda á la parte que tuviese la voz de su majestad, si buenamente se pudiese juntar con él, diciéndoles cuán buenos caballos y abundancia de armas traían. Lo cual oido por Lope de Mendoza, le contó originalmente toda la revuelta del Perú hasta el punto en que estaba, y los sucesos que sobre ello habían habido. Y así, viendo Gabriel Bermudez la oportunidad que había para efectuar su comisión, se ofresció en nombre de todos de volver contra el Maestre de campo; y así, se tornaron hasta encontrar con la gente que cerca de allí venía; y sabido lo que pasaba, rescibieron todos alegremente á Lope de Mendoza, y se ofrescieron de tomar la empresa en nombre de su majestad contra Gonzalo Pizarro y sus secaces; lo cual Lope de Mendoza les agradeció mucho, encaresciéndoles cuán bien cumplían con quien eran en favorecer la parte de su rey y señor natural, demás de lo cual, era cierto tenían de comer, pues restaurando ellos la tierra á su majestad, les daría la mejor parte della; y así, lo llevó hasta el pueblo de Pocona, que es cuarenta leguas de la villa de Plata, y de allí envió á ciertos lugares ocultos donde él y Diego Centeno habían dejado enterrados mas de cincuenta mil pesos en barras de plata; y traidolos, quiso repartir entre la gente, y los mas dellós no quisieron tomar cosa ninguna, así porque ellos venían ricos, como porque entre la gente de guerra del Perú, en todas las revueltas que están contadas, nunca se ha podido acabar con ningún soldado que resciba sueldo temporal

señaladamente, y algunos que toman dineros es por nombre de socorro para proveerse de armas y caballos. La razón que para esto dan es, que no hay soldado, por ruin que sea, que no piense merecer por su servicio que aquel á quien sirve, saliendo con la empresa, le dé el mejor repartimiento de la tierra, segun son grandes las esperanzas que la riqueza de la tierra hace concebir á los hombres. Y así, se quedó Lope de Mendoza con la gente del río de la Plata, que eran ciento y cincuenta hombres, todos de caballo, bien armados, donde se puede considerar la gran desgracia de Diego Centeno, que si no se escondiera y siguiera su camino por donde Lope de Mendoza, como era creíble que lo había de hacer, como lo había hecho antes, era cierto que tuvieran los negocios otros sucesos del que adelante se contará que les avino.

CAPITULO III.

Cómo Carvajal fué contra Lope de Mendoza y su gente, y peleó con ellos y los venció, y mató los principales.

Yendo Carvajal por sus jornadas desde Arequipa á la villa de Plata (como hemos contado), con determinación de residir allí, porque ya había sabido el suceso de la muerte del Visorey, porque Gonzalo Pizarro se lo había escrito; y como no tenía ya contradicción en todo el reino, llegando á Paria, le vinieron nuevas de la gente que salía del río de la Plata, y cómo se había juntado con Lope de Mendoza; y tuvo relación cómo no estaban conformes ni venían juntos, sino en cuadrillas, sin obedecer la mayor parte dellós á capitán ni superior alguno; y así, le pareció que todo su buen suceso consistía en darles algun asalto con mucha brevedad antes que tuviesen lugar de conformarse y meterse debajo de banderas conocidas; y así, en dos días aderezó su gente lo mejor que pudo, y allí se le juntaron los veinte arcabuceros que volvían del alcance de Lope de Mendoza, y con todos juntos se partió haciendo muy demasadas jornadas, animando su gente, y ofresciéndose que les daría la victoria en las manos sin peligro de un solo hombre de los suyos, certificándoles que tenía cartas de ofrescimientos de los principales capitanes de la entrada, y que todo el trabajo consistía en llegar adonde estaba el enemigo; y en los que sentía menos ánimo los amenazaba; y así caminó, recogiendo otros treinta hombres en el camino, con los cuales hizo número de doscientos y cincuenta, hasta llegar al asiento de Pocona, que está ochenta leguas de Paria. Y un día, á hora de las cuatro de la tarde, pareció por encima de una cuesta en buena orden con sus banderas. Y en aquella sazón estaba Lope de Mendoza repartiendo barras de plata á quien las quería; y luego que vió á Carvajal (del cual ya tenía nuevas por vía de sus corredores) aperció la gente; y considerando que toda su fuerza consistía en los de caballo, por ser personas señaladas y de muy buenas armas y caballos, los sacó á un llano á vista del pueblo, dejando en él toda su ropa y mas de veinte mil pesos que tenía por repartir, diciendo que brevemente cobrarían aquello y lo que sus contrarios traían. Y abajando Carvajal, asentó su campo en el mismo lugar donde Lope de Mendoza había levantado el suyo, que era una plaza muy grande, cercada de paredes altas,

y sus portillos hechos en algunas partes de la plaza, y allí se quedó aquella noche, porque le pareció que, aunque fuese acometido, tenía buen fuerte para no ser ofendido; aunque luego que entró la gente, teniendo noticia que Lope de Mendoza y los suyos, habiendo dejado su ropa en el pueblo, se ocuparon en irlo á robar tan desordenadamente, que no quedaron en la plaza ochenta hombres con las banderas; tanto, que si Lope de Mendoza les acometiera entonces, con gran facilidad los desbaratara, y hubiera sido de gran efecto la industria de dejar la ropa, por cuyo medio se han alcanzado muchas victorias. A esta sazón Carvajal salió á la plaza, y como vió la gente tan dividida, mandó tocar un arma falsa, con la cual se juntó la mayor parte, aunque era tanta la codicia de robar, que hasta gran parte de la noche no los pudo recoger á todos. En este tiempo había algunos tratos entre la gente de Carvajal para le matar, porque vian los malos tratamientos que les hacía en las guerras pasadas después de las victorias. El principal deste trato era un Pedro de Avendaño, secretario suyo, de quien él hacía mucha confianza, y para lo poder efectuar envió un indio ladino á Lope de Mendoza, avisándole del concierto, para que aquella noche acometiese con su gente para que hubiese lugar de efectuarse. Lope de Mendoza aperció su gente para dar el asalto después de puesta la luna; caso que estaba determinado de retraerse cuatro ó cinco leguas á tomar un buen llano donde se diese la batalla; y así, viendo que hacía obscuro, por evitar alguna parte del peligro de los arcabuceros, se fué con su gente en orden á la parte donde estaban los contrarios, y envió sus corredores delante, los cuales prendieron uno de los de Carvajal, y dél se informaron de todo lo que les convino, y llegaron á los portillos de la plaza grande, donde estaba puesta guardia de arcabuceros y piqueros, y comenzaron á combatir con gran diligencia y ánimo, sin perder un punto los de dentro en la defensa; y era tanto el ruido de los arcabucos, y las voces que de ambas partes se daban, que no se entendían los unos ni los otros con la escuridad de la noche. El Maestre de campo andaba discurriendo por todas partes, animando su gente y proveyendo en lo necesario. Y en esto Pedro de Avendaño tomó consigo un arcabucero, con quien estaba concertado, y mostrándole á Carvajal, le hizo tirar, y le dió en soslayo por una nalga; porque, como no tenía lumbre, no acertó á darle mas en lleno. Y como Carvajal se sintió herido, y entendió que le habían tirado los de su parte, disimuló; y tomando consigo á Avendaño, de quien él ningún recelo tenía, se retrajo entre unas paredes, y tomando una capa parda vieja y un sombrero, por manera que no lo pudiesen conocer, se tornó allí donde se daba el combate; y Pedro de Avendaño le tornó á mostrar á otro arcabucero, el cual le tiró y no le acertó; y en esto los de fuera daban grandes voces, preguntando si era muerto Carvajal; y como no les respondieron, y veían que se defendían los portillos sin dar muestra de poderlos entrar, se retiró Lope de Mendoza y los suyos, y Carvajal quedó en el cercado, hallándose muertos de ambas partes hasta catorce personas, sin otros que quedaron heridos. Carvajal disimuló su herida y se la curó, de suerte que no vino á no-

ticia de la gente por entonces. En esta hora salió del campo de Carvajal un soldado llamado Palencia, y se fué donde Lope de Mendoza estaba, y le dijo todo lo acaescido, y le dió aviso cómo el capitán Carvajal dejaba su ropa cinco ó seis leguas de allí, en que habia cantidad de oro y plata, y algunos caballos y arcabuces y pólvora; y luego se partió Lope de Mendoza con su gente antes que amaneciese, adonde el soldado le guió, y llegó donde estaba la ropa sin ser sentido; y como era de noche y hacia muy oscuro, se le perdieron y quedaron rezagados mas de sesenta hombres; y él y los que consigo llevaba robaron el real sin que hubiese resistencia, dando en él al cuarto del alba. Y viendo Lope de Mendoza que no tenia gente para poder esperar ni resistir á Carvajal, se determinó retirar por aquel despoblado con los que le pudieron seguir, que fueron hasta cincuenta hombres, porque todos los demás se le habian quedado; y así, llegaron á un rio, dos leguas y media de Pocona. Sabido por Carvajal lo que pasaba, levantó su real y los fué siguiendo por sus mismas pisadas, y dióse tanta priesa, que los alcanzó en el rio donde habian alojado, y unos estaban durmiendo y otros comiendo por la gran fatiga y trabajo que habian tenido aquella noche; y con solos cincuenta hombres que le pudieron seguir por la aspereza del camino, les dió el asalto á hora de mediodía; y creyendo los de Lope de Mendoza que venia sobre ellos todo el campo, se derramaron y pusieron en huida cada uno por su parte, y allí fue preso Lope de Mendoza y Pedro de Heredia, y luego les cortaron las cabezas con otros seis ó siete mas principales del campo; y recogiendo todo el fardaje, así lo que ellos traían como lo que habian tomado, se tornó á Pocona, prometiendo de no hacer mal á todos los que habian quedado vivos de los de la entrada, antes les hizo restituir las armas y caballos, y lo demás que les habia sido tomado; y dejando á muy pocos dellos en su compañía, á los demás envió cada uno por sí á Gonzalo Pizarro, y él se partió con su campo, llevando consigo á Alonso de Camargo y Luis Perdomo, que son los que hemos dicho que huyeron con Lope de Mendoza, y los otorgó las vidas porque le descubrieron cierta plata que Diego Centeno dejó enterrada en el asiento de Paria; y hallando mas de cincuenta mil castellanos, se fué con todo ello y con su gente á la villa de Plata, con determinacion de residir allí algun tiempo, y puso los alcaldes y regidores de su mano, y despachó mensajeros á todo el reino, dando noticia de su buen suceso, y quedó entendiendo con gran diligencia en juntar dineros de todas partes, so color de enviar socorros á Gonzalo Pizarro, aunque la mayor parte dejaba para sí.

CAPITULO IV.

De cómo se descubrieron las minas de Potosí, y se apoderó dellas el capitán Carvajal.

Habiendo sido la fortuna tan próspera al capitán Carvajal en todos los sucesos que hemos contado, que ya no le quedaba contradicción ninguna en aquellas partes, le ofresció con que paresciese que le habia puesto en la cumbre de la prosperidad, y esto fué, que dende á pocos dias andando unos indios yanaconas de Juan de Villaruel, vecino de la villa de Plata, diez y ocho le-

guas della, toparon un cerro muy alto asentado en un llano, y conocieron en él señales de plata, y comenzando á fundir la vena, hallaron tanta riqueza, que cualquiera que ensayaban sacaban toda ó la mayor parte de plata fina, y donde menos les salia eran ochenta marcos por quintal, que es la mayor riqueza que se ha visto ni leído de ninguna mina seguida. Y dándose noticia desto en la villa de Plata, fué la justicia al término, y comenzó á repartir por minas y estacarias entre vecinos de la villa, tomando cada uno como mejor podia; y fueron tantos los indios yanaconas que allí fueron á labrar, que en breve tiempo se pobló aquel asiento de mas de siete mil indios, los cuales entendieron tambien el negocio, que por concierto daban á sus señores dos marcos de plata, cada uno en cada semana, con tanta facilidad, que era mucho mas lo que retenian para sí que lo que daban; y la vena es de tal calidad, que no sufre fundirse con fuelles ni cendradas, como se hace en las otras minas, salvo que se funde en las guairas, que son unos hornillos pequeños encendidos con carbon y estiércol de ovejas, con la fuerza del aire, sin otro instrumento ninguno, y llamáronse las minas de Potosí, porque así se nombraba aquel término; y era tanta la facilidad y el provecho con que los indios labraban, que, con dar el concierto que está dicho, hay indio que tiene tres ó cuatro mil pesos suyos, sin poderlos echar de allí cuando una vez entran, porque cesan todos los peligros que en la labor de las otras minas suele haber por causa del trabajo de los fuelles y del humo del carbon y de la misma vena que se funde. Y luego se comenzaron á proveer las minas de los mantenimientos necesarios, aunque no pudieron ser tantos, segun la mucha gente acudia, que, creciendo la necesidad, no llegase á valer una hanega de maíz veinte castellanos, y otro tanto el trigo, y un costal de coca treinta pesos, y aun después llegó á encarecerse mucho mas, y por la gran riqueza que se halló se despoblaron todas las otras minas de la comarca, especialmente la de Porco, donde Hernando Pizarro tenia una suerte, de que se sacó gran riqueza; y tambien los mineros que andaban sacando oro en Carabaya y otros rios lo dejaron todo y acudieron allí, porque hallaban, sin comparación, muy mayor provecho; y los que entienden en aquel trato hallan grandes señales de la perpetuidad y continuación de la mina. Con este tan buen suceso comenzó Carvajal á juntar dineros, en lo cual se dió tan buena maña, que con poner en su cabeza todos los indios yanaconas de los vecinos muertos y huidos que le habian sido contrarios, y con hacer llevar mas de diez mil carneros cargados de comida, de los indios de su majestad y otras partes, en breve tiempo juntó mas de setecientos mil pesos, sin dar parte ninguna dellos á los soldados que le habian seguido, de lo cual se comenzaron tanto á desabrir, que trataron de lo matar, y las cabezas del concierto eran Luis Perdomo y Alonso de Camargo y Diego de Balmaseda y Diego de Lujan; y estando juntos mas de treinta personas con determinacion de ejecutar el concierto poco mas de un mes después que Carvajal llegó á la villa de Plata, por cierto impedimento que los sucedió lo difirieron para otro dia; y no se sabe por qué forma llegó á su noticia, y sobre ello

hizo cuartos á Luis Perdomo y á Camargo y á Orbaneja y á Balmaseda y á otras diez ó doce personas de los principales, y á otros desterró; y con hacer tan crueles justicias en este caso de motines, andaba tan temerosa la gente, que no habia quien osase tratar de allí adelante cosa desta calidad, porque en sintiendo, no solamente determinacion, pero la mas liviana sospecha, no daba menos pena que la muerte; y así, un hermano no se osaba fiar de otro; con lo cual se puede satisfacer á la culpa que muchas personas principales destes reinos han imputado á los servidores de su majestad por no haber muerto á Carvajal, aunque no fuera por mas de sacar sus personas de tan dura y peligrosa servidumbre, porque nunca motin se hizo contra él de que no tuviese noticia; y así, cuatro ó cinco que averiguó costaron las vidas á mas de cincuenta personas; y con tanto, la gente andaba tan acobardada por el gran peligro de los moradores, que se tenia por mas seguro contemporizar con el tirano hasta que sucediese alguna oportunidad ó coyuntura conveniente; y así, tornó á quedar pacífico, enviando nuevas muy á menudo á Gonzalo Pizarro de los sucesos, y con ellas mucha cantidad de plata, así de su hacienda como de los quintos reales que tomaba, y de las rentas de los indios de aquellos á quien justificaba, los cuales ponía en su cabeza para ayuda de la sustentación de la guerra.

CAPITULO V.

De cómo Gonzalo Pizarro vino á la ciudad de los Reyes desde Quito, y lo que allí hizo.

Desbaratado y muerto el Visorey en la ciudad de Quito en la forma que tenemos contada, Gonzalo Pizarro comenzó á despedir mucha de la gente de guerra, enviando á unos con el adelantado Benalcázar (á quien perdonó y redujo en su gracia), y á otros con el capitán Ulloa, que de parte de Pedro Valdivia vino de Chili á pedir socorro de gente para conquistar la tierra, y á otros envió á otras partes; y así, se quedó con hasta quinientos hombres, donde estaba holgando y festejando desde 18 de enero del año de 46, en que se dió la batalla del Visorey, hasta mediado el mes de julio de aquel año. Las razones de tan gran detenimiento se sentían diversamente: unos decían que lo hacían por saber con mas brevedad lo que de España se proveía; otros por el gran provecho que se habia de las minas de oro que allí se descubrieron, y á algunos les paresció que le detenían los amores de aquella mujer de quien arriba tenemos dicho, cuyo marido mató por mano de aquel Vincencio Pablo, que fué justiciado por ello en Valladolid; la cual después quedó preñada, y su padre mató un hijo que ella parió, y por ello el Pedro de Puelles ahorcó al mismo padre. Finalmente Gonzalo Pizarro determinó su partida para los Reyes para residir allí algun tiempo. Y decíase haberlo hecho por la sospecha que tenia del capitán Lorenzo Aldana, su teniente, que, segun estaba bienquisto, para cualquier cosa que intentara fuera parte. Y tambien se recelaba del capitán Carvajal, que se ensoberbesceria con tantas victorias, viéndose tan apartado dél; y así, se partió de Quito, dejando por teniente y capitán general á Pedro de Puc-

lles con hasta trecientos hombres, por la gran confianza que dél tenia, pues demás de haber socorrido á tan buen tiempo cuando venia del Cuzco, que no yendo se le deshiciera su campo, habia metido otras muchas prendas que prometian gran seguridad, pareciéndole que si su majestad enviase alguna gente por la gobernacion de Benalcázar, seria parte Pedro de Puelles para resistirles la entrada. En todo el camino se trataba ya Gonzalo Pizarro como hombre pacífico y seguro, y que le parecia que no podia haber contradicción en sus negocios, y que su majestad haria con él partidos muy aventajados; y sus criados y gente le obedescian y acababan tanto, que creían haber de vivir perpetuamente por su mano, teniendo por firmes las cédulas de indios que daba, y él y sus principales fingian y publicaban que rescibian muchas cartas de los grandes de Castilla, en que le loaban y aprobaban lo hecho, justificándolo con que no se le guardaban privilegios y cédulas, ofresciéndole favor para su conservación, aunque entre la gente entendida siempre se conoció ser falsa esta invención y sin ningun fundamento de verdad. Llegando á la ciudad de San Miguel, y sabiendo que en los términos della habia muchos indios de guerra, mandó que para la conquista dellos se hiciese una nueva poblacion en la provincia de Carochamba, para hacer desde allí las entradas, y dejó por cabeza al capitán Mercadillo con ciento y treinta hombres, repartiendo entre ellos la poblacion; y despachó al capitán Porcel, que con sesenta hombres continuase su conquista de los Bracamoros; y aunque daba á entender que lo hacia por el beneficio de la tierra, su intento principal era tener junta aquella gente para cuando la hubiese menester. Y demás desto, envió al licenciado Carvajal con ciertos soldados, que fuese por mar en los navíos que habia traído de Nicaragua el capitán Juan Alonso Palomino, de vuelta del seguimiento de Verdugo, mandándole que de camino proveyese las cosas necesarias para la seguridad de la costa; y se vino á juntar con Gonzalo Pizarro en la ciudad de Trujillo, y ambos juntos con hasta docientos hombres se fueron á la ciudad de los Reyes por tierra, y en la entrada hubo diversas opiniones sobre las ceremonias con que se haria; porque sus capitanes decían que le habian de salir á rescebir con palio, como á rey, y otros, que mas comedidamente lo trataban, aconsejaban que se derrocasen ciertos solares, y se hiciese calle nueva para la entrada, porque quedase memoria de su victoria, de la manera que se hacia á los que triunfaban en Roma. Gonzalo Pizarro siguió en esto el parecer del licenciado Carvajal, como lo hacia en todas las cosas de su importancia, y entró á caballo, llevando sus capitanes delante de sí, á pié y con sus caballos de diestro, llevándolo en medio el arzobispo de los Reyes y el obispo del Cuzco y el obispo de Quito y el obispo de Bogotá, que habia venido por la via de Cartagena á rescebir la consagracion al Perú; acompañándole asimismo Lorenzo de Aldana, su teniente, con todo el cabildo de la ciudad y los vecinos della, sin faltar ninguno, teniendo para este acto las calles muy bien aderezadas y enramadas, y repicándose las campanas de la iglesia y monesterios, llevando delante mucha música de trompetas y atabales y menestriales; y con